

aldea con espíritu de campanario. Y en plena Comunidad Europea y otras alianzas y comunidades, a los de la otra aldea se les considerará forasteros y se les mirará de arriba a abajo y a ver qué y cómo comen y qué cosas tan raras las que dicen y fíjate los libros tan extraños que leen.

París, febrero 1980.

## DESDE ESPAÑA

FEDERICO ALVAREZ

### CARTA DE MADRID

En el campo de la cultura la palabra de moda es hoy aquí *desencanto*. Se trata, por supuesto, de un desencanto político. Frente a los franquistas nostálgicos que repiten a diario (casi siempre a propósito de la elevación del costo de la vida o del aumento de la criminalidad callejera) que "con Franco vivíamos mejor", la izquierda responde con cierta conciencia problemática: "contra Franco vivíamos mejor..." Y los de las quijadas crispadas corrigen irritados: "contra Franco luchábamos mejor". Y es que en efecto, contra Suárez se lucha mal. No hay costumbre. Es, además, aburrido. ¿No se ha hecho España un país aburrido?

El desencanto está en función directa de las ilusiones políticas con que se vivieron los últimos años del franquismo. Desde la creación en 1974 de la Junta Democrática (y, un año después, de Coordinación Democrática) toda la oposición se preparaba para la *ruptura*. ¿Qué otra solución había? La gran mayoría del país esperaba la muerte del dictador para llevar hasta sus límites un proceso tenso de grandes manifestaciones, que desembocara en una huelga na-

cional y permitiera a la oposición (unida por primera vez en su historia) organizar un gobierno provisional y convocar unas elecciones constituyentes. En otras palabras, lo que Poulantzas llamaba el *punto de retorno*. La cosa no era fácil porque ahí estaba el Ejército y ¿cuántos tanques tenía Coordinación Democrática? Pero había generales con mando que no veían con malos ojos una *ruptura pactada*. Demócratas de izquierda y derecha (Ruiz Jiménez y Gil Robles), socialdemócratas (grupo de Fernández Ordóñez), socialistas y comunistas, tenían "sus" militares. Y es que Europa estaba ahí, asomada a los Pirineos, esperando la solución parlamentaria. Y la experiencia griega no permitía a nadie, ni siquiera a la CIA, el apadrinamiento de un golpe castrense.

Pero, entretanto, don Juan Carlos (príncipe de España, por entonces) mantenía en su Palacio de la Zarzuela entrevistas frecuentes con ciertos dirigentes políticos que se desgajaban del franquismo: Adolfo Suárez, Areilza, Garrigues, Torcuato Fernández Miranda... Frente a la ruptura democrática preparaban la *reforma política* pacífica desde el interior mismo del viejo régimen. Fue una operación de mano maestra. El mundo quedó asombrado y al final aplaudió complacido. El futuro rey no podía saber entonces que, entre otras cosas, estaba haciendo mérito para ser propuesto, tres años después, al Premio Nobel de la Paz.

Cuando Rosa Montero, periodista que no tiene pelos en la lengua, le preguntó no hace mucho a Santiago Carrillo si era él tan listo que no se hubiera equivocado alguna vez, el dirigente eurocomunista le contestó pacientemente que claro que se había equivocado, y que más de una vez. Y cuando Rosa Montero, sin de-



jar inclemente el dedo de la tecla, le pidió que le dijera una, una vez por lo menos, en que tal cosa hubiera ocurrido, Carrillo le dijo que se había equivocado, por ejemplo, con el rey, de quien nunca imaginó (y supongo que lo diría con cierta melancolía) que fuera capaz de llevar adelante la reforma pacífica e impedir con ello la ruptura radical con el franquismo. Perich lo dijo en *Interviú* en clave sardónica: "España es un ejemplar histórico de cómo pasar pacíficamente de la dictadura a la democracia y quedarse en medio".

Y de ahí viene el desencanto. España es un campo político en que todas las fuerzas en presencia se atraen con fuerzas proporcionales a sus masas e inversamente proporcionales al cuadrado de sus distancias... Es el equilibrio asombroso pero aburrido de los planetas. Felipe González ha dicho que los objetivos de la ruptura habrá que lograrlos poco a poco (el objetivo inmediato son ahora las autonomías catalana y vasca), pero el gobierno no se deja, pone obstáculos a todo, hace señas hacia el terrorismo que no cesa, y hacia el ruido de algunos sables inquietos. Se ha inventado una fea palabreja para definir su tendencia: *derechización*.

En los tiempos de Adenauer, Heinrich Böll afirmaba con un dejo que no podía ser más desencantado, que la Alemania Federal era ca-ca (capitalismo-catolicismo). No sabemos si el triunfo del SPD le ha devuelto a la satisfacción. Lo cierto es que aquí ni siquiera esa perspectiva resulta suficientemente concreta.

No es extraño, pues, que García Hortelano escriba de manera intachable— una bella novelita que se ha definido como "divertimiento" (*Los vaqueros en el pozo*;) que Fernando Quiñones haya quedado en segundo lugar en el premio Planeta transcribiéndonos con jocunda fidelidad las confidencias de una puta sevillana (*Las mil noches de Hortensia Romero*); que Vázquez Montalbán lo haya ganado con una divertida novela erótico-policial (*Los mares del Sur*); que Caballero Bonald lo haya perdido, según se dice, por haber escrito una novela "demasiado experimental y para minorías" y que Alfonso Grosso esté dando los últimos toques a un *thriller* que acaso vaya a ser su mejor libro.

En la poesía, los mejores "novísimos" posteriores a la generación de Gil de Biedma y Angel González, reciben sin disgusto el remoquete de "venecianos" (Guillermo Carnero, Pere Gimferrer, Antonio Colinas), y los "castellanos" y "andaluces" que se les enfrentan en el más acendrado

campo de la amistad (Diego Jesús Jiménez, Claudio Rodríguez, Manuel Ríos Ruiz, Antonio Hernández), participan, con un lirismo más enfático y subjetivo, en el mismo mundo de la buena poesía arriscada en sus cuarteles de invierno.

También en la pintura la vuelta todavía tímida hacia un nuevo figuratismo o hacia un hiperrealismo meticuloso, trasparenta la tendencia hacia el rigor profesional y la "pintura a secas". Porque el desencanto en las artes plásticas viene también de regreso de no pocas ilusiones puestas en superficialidades modernas y en ingenuas relaciones entre la tecnología y el arte.

De la música tal vez no hubiera que hablar porque, como dice Luis de Pablo, "no forma parte del patrimonio cultural del español medio". Cristóbal Halfter trabaja con gran éxito en Alemania hace más de un año, y el propio Luis de Pablo es también más conocido en Estados Unidos, en Francia o en la Alemania Federal, que en su propia tierra. A la altura de sus cincuenta años recién cumplidos, confiesa que descubre en sí mismo "un aumento de la contemplación sobre la acción".

Es el *spleen* pregonado por Francisco Umbral, que acaba de pedir al linotipista que compone su diaria colaboración en *El País* que quite las comillas a esa intraducible palabra inglesa que él ha puesto en el rótulo permanente de su sección. El "spleen de Madrid" no es ya un préstamo de culturas foráneas. Ni siquiera castellaniza Umbral la palabra —*esplín*— como creo que acepta hace ya tiempo la Real Academia. Hay un aburrimiento y un tedio y una desgana y un hastío que culturalmente son un *spleen* autóctono, madrileño. Un desencanto de anís, rollo y flirteo marginalista y pasota.

Porque ésa es la otra cara de la moneda, el pasotismo, que Juan Cueto, en un artículo muy inteligente pero muy pesimista publicado también en *El País*, ha caracterizado como el regreso del gesto existencial, anónimo, ágrafo y silencioso, con su mística del fracaso, su moral de la ambigüedad y el primado de la existencia. Un neoesencialismo que Cueto emparenta con los medios bohemios franceses de los años cuarenta-cincuenta, "surgidos por el desencanto de la euforia avara de la liberación", pero que ahora en España se debe "a la inexistente euforia de la restauración democrática". "En esta ocasión his-

tórica —concluye Cueto— la angustia y la desolación no derivan de la muerte de Dios, sino de la muerte de la revolución."

Y sin embargo... Aquí y allá se empieza a detectar vagamente una recepción de la indiferencia pasota. La agudización de la crisis económica, por un lado, y de la agresividad de las bandas fascistas, por el otro, hacen cada vez más difícil pasar de todo. Hay jóvenes que ya pasan de pasar. El movimiento estudiantil universitario parece salir del marasmo a cuenta de un Estatuto de la Universidad redactado por el ministro del ramo y que ha levantado tumultuosas protestas. A la vieja y patética pregunta del pasotismo, "¿para qué estudiar?", está respondiendo, todavía muy nebulosamente, una incipiente conciencia universitaria. Más de uno ha empezado a hablar de "el principio del fin del desencanto". Veremos...

## MÚSICA

POR  
JOSÉ ANTONIO ALCARAZ

### INTENTO DE DEFINICION DE LA OPERA

La Temporada de Opera bate el vuelo en pleno actualmente, sobre el Teatro de Bellas Artes. Excelente oportunidad para formular lo que sigue:

Dos de las definiciones más ciertas y por lo tanto más estúpidas (o viceversa, si se prefiere) de la ópera, son inglesas. Para aceptarlas o rechazarlas (esto último sin dejar de reconocer cuánto de verdad tienen en el fondo) debe considerarse brevemente la situación en que se encontraba Inglaterra cuando fueron elaboradas.

La mentalidad inglesa "trascendente" y solemne de la época, rechazó el absurdo que representaba para su mentalidad *square* la ópera italiana, pero el público no instruido perteneciente a la burguesía media, lo



consumía con fervor inusitado. Por su parte las capas populares satirizaban ambas actitudes con gran ingenio y sentido del humor (The Beggar's Opera, "La ópera del mendigo", 1728).

Para satisfacer la demanda del público y obtener los consecuentes beneficios económicos, Handel cayó en la trampa y abundaron las óperas "italianas".

Lógico entonces, que el Doctor Samuel Johnson escribiera: "Opera italiana, un espectáculo exótico e irracional, que siempre ha sido combatido y siempre ha prevalecido".

Por su parte John Dannis, crítico musical de la época, escribía en 1706: "(La) ópera italiana... es una diversión de consecuencias más perniciosas, que la más licenciosa de las obras de teatro que haya aparecido nunca sobre un foro".

Ni quienes la rechazaban con pedantería, ni quienes la aplaudían a rabiar, lo hacían, pues, por las buenas razones.

Afortunadamente también en Inglaterra hubo alguien (un poeta, por sorpresivo que esto pueda parecer) capaz de elaborar una *fair play definition*, John Dryden escribió: "Una ficción o cuento poético representado con música instrumental y vocal, adornado con escenografía, tramoya y danza".

Se llegaría a un intento de definición de la ópera al inventariar sus elementos (como no corresponden a un compuesto químico o una fórmula medicinal, estarán —en consecuencia— siempre en desorden): hay en ella 33.33 por ciento de música, una tercera parte de teatro y otro tanto de locura.

En el caso de la música, y más aún en el de la ópera, MacLuhan (y/o Susan Sontag) sería el llamado a finiquitar el debate: "El medio es el mensaje" (o viceversa).